

Tawni O'Dell

Uno de los nuestros

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A mi madre

Un recuerdo

Danny

—¡Ven, rápido, antes de que le dé por empezar a buscarte! —me llamó mi abuelo con un susurro angustioso desde debajo de la ventana de mi cuarto, encaramado en una carretilla puesta del revés y estirando los brazos, mientras mi padre rugía borracho en la planta de abajo.

Nada más alcancé a distinguir sus enormes manos tendidas hacia mí en la oscuridad, con las palmas llenas de surcos negros y cicatrices azuladas. Cerré los ojos, trepé al alféizar de la ventana y me descolgué hasta sentir que me sostenía y estaba a salvo.

—¡Silencio! —chistó mi abuelo sin ninguna necesidad, antes de que cruzáramos a toda prisa el patio trasero y echáramos a correr calle abajo hasta dejar atrás la hilera de casas silenciosas idénticas a la mía, ocupadas por inquilinos que desde hacía mucho preferían ignorar esos extraños rituales nuestros y la causa que había detrás.

Siempre me olvidaba de ponerme los zapatos, incluso en pleno invierno, y llegaba a casa de Tommy con los calcetines húmedos y los pies helados. En verano acababa con las plantas doloridas y llenas de arañazos. Ya en el porche de la entrada, todavía resoplando y jadeando, Tommy y yo nos deteníamos un momento a mirar desde lo alto de la colina el tejado distante de la casa de mi padre y la ventana oscura de la derecha. La misma ventana por la que un rato antes se veía la luz rojiza de la lámpara de mi cuarto, tamizada con un pañuelo estampado de flores, el favorito de mi madre. Así era como avisaba a mi abuelo las noches en que a mi padre, por lo general incapaz de reparar en mí, se le metía en la cabeza la idea, espoleada por el alcohol, de que no debería haber nacido.

Pasábamos con cautela entre las estanterías y las pilas de libros de la pequeña sala de estar, presidida por el retrato de mi tatarabuela Fiona, que me seguía a todas partes con su mirada turbadora, y una cornamenta de ciervo mezclada con toda clase de quincalla, hasta la cocina, donde finalmente nos permitíamos encender una luz y respirar aliviados.

La cocina de Tommy no era más grande ni estaba más limpia que la de la casa de mi padre y la comida tampoco era mejor. Siempre había una mezcolanza de olores, pero ninguno de los que abren el apetito. Los más penetrantes eran el tufo a quemado y los vapores de un fuerte jabón de sosa popular entre los mineros y los mecánicos, que me irritaban los ojos y la garganta. A pesar de esos inconvenientes, sin embargo, era mi lugar favorito del mundo entero.

Sin decir una palabra todavía, mi abuelo sacaba la botella de leche de la nevera y llenaba un cazo abollado que había siempre encima de un fogón. Tarareando por lo bajo, lo vigilaba hasta que alcanzaba la temperatura justa y luego lo servía en dos tazones. El mío lo llenaba hasta arriba y le añadía un buen chorro de sirope de chocolate Hershey. El suyo lo llenaba solo hasta la mitad y compensaba la diferencia con whisky y una cucharada de sirope de arce.

Esa noche, después de ponerme delante la taza de cacao caliente, me contó una historia que nunca he olvidado. Seguro que no era la primera vez que la oía. De hecho estoy seguro de que mi abuelo me la contaba ya cuando estaba en el útero de mi madre, cuando me sostenía en brazos de bebé, cuando se sentaba en una silla del jardín con una cerveza en la mano, vigilándome mientras jugaba delante de casa con mi coche de carreras... Pero esa noche fue la primera vez que escuché de verdad. La primera vez que se grabó en mi memoria.

—Solo eran unos chicos. Un hatajo de críos. No mucho mayores que tú, el día que los colgaron —empezó.

Supe que se refería a los Nellie O'Neills. Pensar en hombres ejecutados en el centro de nuestro pueblo era horrendo, pero imaginar a un puñado de colegiales ahorcados mecidos por el viento fue demasiado para mí.

—¿Tenían seis años? —exclamé.

Al verme alarmado, me tranquilizó con una palmada en la mano.

—Perdona, Danny. A mi edad, un muchacho de veintidós años parece un chiquillo. Eran hombres jóvenes. Muy jóvenes.

—¿Como Rafe?

— Como Rafe.

Tomó un sorbo de su taza y continuó.

— Así que allí estaban, de pie en el cadalso, con la cabeza gacha y mojándose bajo la llovizna con las manos esposadas, mirando de vez en cuando hacia el mar negro y agitado de paraguas bajo los que se guarecían los espectadores que habían acudido a verlos morir. Gente decente, definieron los periódicos a los curiosos, ciudadanos de bien que rezaban sus oraciones, que pasaban estrecheces por ahorrar unos peniques y hacían la vista gorda ante los padecimientos de cualquiera que no fueran ellos mismos.

»Casi doscientos de estos ciudadanos respetables vestidos con sus mejores galas, ropa oscura como mandaba la ocasión, se apiñaban en el patio de la cárcel junto a decenas de reporteros y los familiares de los condenados, mientras al otro lado de los muros se agolpaban varios miles de personas en una masa harapienta y lerda, calada de curiosidad malsana y sed de sangre.

— ¿Qué es lerda? — le interrumpí.

— Estúpida, como las vacas.

— ¿Qué es calada?

— Empapada de agua, como las vacas.

Suspiró.

— Oye, hijo, no voy a hablarte como a una criatura ni a usar palabras tontas, pero no puedes cortar a cada momento a un hombre cuando está contando una historia.

Asentí y prometí no hacer más preguntas. Anotaría mentalmente las palabras y al día siguiente las buscaría en el diccionario de la escuela.

— Ocurrió hace casi ciento cuarenta años. El Gobierno había abolido las ejecuciones públicas, pero todavía se permitían si eran privadas. Banqueros, comerciantes, abogados, políticos y hombres de negocios de toda especie, acompañados por sus mujeres y sus hijas, asistieron solo por invitación, con los boletos que todo el mundo había intentado conseguir. Eran unas papeletas de color azul claro, adornadas con un pequeño sello dorado y firmadas de puño y letra por el propio Walker T. Dawes.

Todo el mundo conocía a Walker Dawes. Era el dueño de todas las minas y vivía en una colina a las afueras del pueblo, en una mansión con un sinfín de ventanales que relucían los días soleados como si la tierra se hubiera abierto en un tajo revelando una veta de cristal, en lugar del habitual carbón negro.

A mí me costaba entender que Dawes estuviera vivo cuando los Nellies andaban por ahí y aún siguiera vivo, pero lo atribuía a la longevidad sobrehumana de los villanos de los cuentos de hadas y los genios malignos de las historietas.

—La horca era la forma más cruel de matar a alguien. Muchas cosas podían salir mal. No era como estar ante un pelotón de fusilamiento, donde la víctima podía consolarse en la certeza de que al menos una de las balas lo matara en el acto, o incluso en la guillotina, donde su destino no dependería de la eficacia de una soga anudada por las manos inseguras de otros hombres, sino de la precisión infalible de una cuchilla.

»A los Nellies les dijeron que, con suerte, se les partiría el cuello, perderían la conciencia y no asistirían a su propia muerte. Con mucha suerte, morirían del susto en el momento en que la trampilla se abriera y no tendrían que soportar ni siquiera esa agonía. En cambio, si no tenían tanta suerte, morirían estrangulados lentamente mientras su corazón seguía latiendo y se darían cuenta de todo, y la suerte era algo que no les había acompañado en los últimos tiempos.

Se calló de pronto. A mí se me había acelerado el corazón y estaba totalmente absorto en sus palabras. Nadie contaba esa clase de cosas a los niños pequeños, salvo que lo hicieran otros chicos más grandes, y los de por aquí eran demasiado zafios para inventar un relato tan emocionante.

—¿Sabes por qué los iban a colgar? —me preguntó Tommy.

Eso fue mucho antes de que yo leyera sobre los Nellie O’Neills en los libros de historia, antes de que visitara su museo en el desván de Nora Daley, antes de que sus presuntos fantasmas aparecieran en programas de sucesos paranormales por televisión, pero viviendo en Lost Creek era imposible no saber algo de ellos aun siendo un crío. En el pueblo quedaban muchos de sus descendientes y la horca donde los habían ejecutado seguía todavía en pie junto a la pequeña cárcel de ladrillo donde pasaron sus últimos días. Aunque yo nunca había estado en el patio de la cárcel, los travesaños de madera del cadalso asomaban amenazantes por encima del muro de piedra medio derruido y, a pesar de no tener una idea clara de lo que significaban, me infundían un gran temor. Igual que la primera vez que vi a mi madre de pie junto al fregadero de la cocina con una mirada tan vacía como la de un cadáver, apuñalando suave y metódicamente un pedazo de carne cruda para el asado con un destornillador, supe que debía tener miedo, aunque no supe por qué.

—Asesinaron a alguien —contesté.

—Asesinaron a dos personas —me corrigió—. A dos de sus jefes. Y a un hombre le cortaron una oreja y a un cura le arrancaron la lengua, y además iban por ahí dando palizas a diestro y siniestro.

—¿Por qué hacían esas cosas?

—En aquellos tiempos, las condiciones de trabajo en las minas eran espantosas. Más de lo que hoy podamos imaginar.

Una mano viscosa e invisible empezó a treparme desde el nacimiento de la columna hasta la nuca, donde me agarró y comenzó a oprimirme la garganta lentamente hasta dejarme sin aire. Las minas me aterrorizaban mucho más que la horca. Era claustrofóbico y me daba miedo la oscuridad, y la idea de trabajar en túneles opresivos en las entrañas de la tierra me provocaba terribles pesadillas. Nunca le había contado a Tommy lo que soñaba porque me daba vergüenza, pero solía compartir esos sueños con mi madre. Ella procuraba consolarme diciéndome que yo no tendría que trabajar en las minas, porque era inteligente, y los chicos inteligentes podían ir a la universidad y conseguir un buen empleo. Yo me aferraba a ese consuelo, pero a la vez no acababa de convencerme del todo. Tommy era listo y había trabajado en las minas toda la vida.

—Los Nellies eran un grupo de mineros que intentaron que las condiciones de trabajo en las minas mejoraran, pero tuvieron que medirse con uno de los hombres más ricos y poderosos del país, que no quería que nada cambiara. Al principio trataron de ir por las buenas, pero la discusión degeneró en una escalada de violencia. Hay quien dice que los Nellies hicieron bien en actuar como lo hicieron. Hay quien dice que se equivocaron. Algunos los consideran santos, los primeros mártires del movimiento obrero en los Estados Unidos. Otros piensan que eran matones, sindicalistas descastados que recurrieron al asesinato para dar más fuerza a su causa.

—¿Y quién tiene razón? ¿Los Nellies eran buenos o malos?

Tommy se encogió de hombros.

—El que es héroe para uno para otro es un terrorista. Eso tendrás que decidirlo por ti mismo algún día cuando seas mayor.

—Pero asesinaron a gente. Tenían que pagar por sus crímenes —señalé.

Sus ojos azules centellearon como siempre que Tommy guardaba un secreto, e inesperadamente un destello de juventud iluminó sus facciones curtidas, igual que un objeto que brilla de repente en el margen de una vieja carretera de tierra.

—Sí, pero no todos eran asesinos. Diez hombres fueron ejecutados. Solo dos eran culpables.

—Entonces, ¿cómo pudo pasar lo que pasó?

—Walker Dawes lo controlaba todo. La policía, los tribunales, la prensa, algunos dicen que incluso al gobernador. Podía hacer lo que se le antojaba y nadie podía impedirlo. Matando a todos aquellos hombres sin ni siquiera probar su culpabilidad demostró a todo el mundo cuánto poder tenía y se aseguró de que nadie volviera a plantarle cara en adelante.

»James *Prosperity* McNab, Peter Tully, Kenny Kelly y Henry *Footloose* McAnulty fueron los primeros en irse aquel día. ¿El apellido McNab te suena de algo?

Me faltó rapidez para contestar.

—Es mi apellido —continuó Tommy—. James McNab era mi abuelo. ¿Entiendes lo que eso significa? Que era tu tatarabuelo. ¿Comprendes?

Eché una mirada hacia la sala de estar. Entendí lo que significaba. Fiona era la mujer de Prosperity McNab.

Era demasiado para poder asimilarlo de golpe. Tommy pareció darse cuenta y se metió de lleno en su historia, sin darme tiempo a empezar a lanzarle las decenas de preguntas que se me agolpaban en la cabeza.

—Llevaban trajes negros y crucifijos. Peter Tully, que era el más joven, solo tenía diecinueve años, llevaba además un pañuelo bordado que su madre le había hecho y le había dado la noche anterior, cuando se despidió de él.

»Se pusieron de rodillas y el padre Daley leyó las oraciones para los sentenciados, haciéndose oír entre los sollozos de las madres, mientras los padres estrujaban el sombrero con sus manos sucias y dejaban vagar la mirada hacia cualquier sitio que no fuera la horca. El cura ponía la mano en la cabeza de los muchachos cabizbajos, bendiciéndolos y absolviéndolos uno por uno, y luego les ordenó ponerse en pie. Siguieron rezando mientras les colocaban la soga al cuello y les cubrían la cara con capuchas, y aún continuaban rezando cuando la tarima de madera se abrió bajo sus pies. La gente vio que movían los labios por debajo de la tela de la capucha.

»Mi abuelo todavía estaba vivo cuando cortaron la soga y lo bajaron. Eso no era nada del otro mundo. De los diez que colgaron aquel día, cuatro tuvieron la suerte de desnucarse cuando se abrió la trampilla. Los otros seis siguieron balanceándose, moviendo las

manos esposadas y pataleando con los pies, mientras las sogas los estrangulaban poco a poco hasta arrancarles la vida.

»El corazón de Prosperity todavía latía al cabo de veinte minutos, duró más que ninguno. Cuando tendieron su cuerpo en el suelo mojado y el comisario le quitó la capucha, dicen que tenía los ojos desencajados y la lengua le asomaba de la boca, para terror de los supersticiosos irlandeses que se amontonaron a su alrededor. Algunos dijeron que sus labios hinchados se movían como si intentara hablar. Otros aseguraron que habló. Algunos le oyeron decir «Fi», otros escucharon «venganza», una palabra que probablemente él no conociera en inglés. Comoquiera que fuese, si es que llegó a hablar, así nació la leyenda de que Prosperity McNab no había muerto... del todo.

»Fiona asistió a la ejecución e hizo que su hijo, Jack, la acompañara. Todo el mundo le aconsejó que no lo llevara, porque era muy niño, pero ella insistió en que debía conocer la verdad en toda su crudeza. Debía presenciar el asesinato de su padre para no olvidarlo nunca.

—¿Cuántos años tenía? —pregunté.

—Bueno —contestó Tommy, apuntándome con un dedo—. Tenía tu edad y ya era picapedrero. Apenas unos meses antes, Prosperity lo había llevado por primera vez a la planta donde se picaba el carbón y lo sentó entre una treintena de chicos mugrientos que separaban en silencio el carbón de la pizarra que caía en un arroyo negro de una tolva. Cómo debió de partirle el corazón ver qué futuro le esperaba a su hijo... Sabía que entre aquellos niños nunca mediaría una sonrisa o una palabra mientras cribaban la piedra para ganarse su pequeño sustento, encorvados hasta que la espalda les quedara contrahecha y sus dedos empezaran a parecerse a las garras de un cuervo. Nunca tuvieron la oportunidad de ir a la escuela o saber nada del mundo. No conocían ningún juego. Nunca se divertían. Cuando acababan la jornada, estaban demasiado cansados hasta para eso. Se dedicarían en cuerpo y alma únicamente a distinguir la pizarra del carbón.

Aparté la mirada, intentando hacerme a la idea de esa última revelación. Jack y yo teníamos la misma edad, y además los dos habíamos perdido a alguno de nuestros progenitores. Mi madre aún vivía, pero no importaba mucho, porque estaba encerrada. Había días en que me asaltaba la idea de que tanto daría que estuviera muerta, pero sabía que no era verdad, porque entonces no tendría

que preocuparme por ella a todas horas. Mi dolor sería menos agudo e insoportable, estaría limado por la pérdida irreparable en lugar de asediado por los bordes filosos de la posibilidad.

—Después de que cortaran la sogá y bajaran a Prosperity —continuó Tommy—, Fiona se dio la vuelta y fue hacia un grupo de hombres con sombreros de copa y abrigos negros con ribetes de terciopelo que permanecían un poco apartados detrás de la horca. Se acercó hasta un hombre en concreto, que llevaba una pequeña rosa blanca en el ojal y un gemelo con un rubí en la pechera, y lo miró fijamente cara a cara.

—Walter Dawes —susurré.

—El gesto de Fiona habría sido impensable para la mayoría de los que estaban allí, pero aquel día ya habían ocurrido muchos sucesos impensables y ella era una mujer que sacaba fuerzas de flaqueza cuando la situación lo requería.

»Empujó al pequeño Jack hacia delante. Él estaba aterrorizado y tenía un nudo en el estómago, pero avanzó. Echó la cabeza atrás y escrutó la figura alta y oscura de aquel hombre imponente que lo miraba sin piedad, sin compasión o sin siquiera la ternura instintiva que suelen despertar los niños en los adultos. Muchos años después, me diría que, el día en el que había visto ahorcar a su padre, Walter Dawes lo miró con sorna.

—¿Hablaste con Jack? —le pregunté, confundido y un poco entusiasmado ante la idea.

Alargó el brazo desde el otro lado de la mesa y me revolvió el pelo.

—No siempre fue un niño pequeño. Creció. Jack McNab era mi padre.

—¿Intentó vengarse?

—No. Nada de eso. Al contrario, trabajó para la compañía Carbones y Carburantes Lost Creek el resto de su vida. Era Fiona la que siempre hablaba de venganza. Según ella, Prosperity nunca mató a nadie ni cometió ningún delito, tal y como se entendía el delito en este país o en cualquier otro. Ella siempre pensó igual, de principio a fin: su marido le había plantado cara a Walker Dawes y por eso lo mataron. Más allá del pecado mortal y la iniquidad legal, Fiona no era del tipo de mujer que permitía que nadie tocara a los suyos.

»La mayoría de la gente con el tiempo acabó por considerar sus amenazas como los desvaríos de una vieja chiflada, pero algunos se

tragaron la historia de que Fiona había pactado con el diablo para conseguir sus propósitos y que se había convertido en una poderosa bruja.

— ¿Lo era? ¿Era bruja?

— A decir verdad, la única magia negra que practicó fue quemar el estofado todos los domingos, y aun así yo confiaba en sus predicciones. Estaba convencido de que la injusticia sería vengada. Pero no porque creyera en maldiciones o en el destino.

— ¿En qué creías?

— Durante mucho tiempo no lo supe. No podía ponerle un nombre. Era solo el presentimiento de que nuestra familia recuperaría algún día algo de lo que le correspondía. Ahora, sin embargo, sí lo sé.

Se levantó de la mesa y salió por la puerta de la cocina al porche trasero. Era una noche cálida de finales de septiembre, apenas empezaba a atisbarse el frescor otoñal en el aire. Fui tras él y seguí su mirada más allá de los tejados de la hilera de casas, hacia las montañas erosionadas que se agazapaban en el horizonte. Pronto habría un derroche de color con el cambio de estación. Esa noche, bañadas por el resplandor de una luna llena, las hojas eran del intenso morado oscuro de un hematoma reciente.

Era una historia increíble, atroz y maravillosa a la vez, como el amor de mi madre, como esas montañas preciosas, envenenadas, que eran la fuente de nuestra subsistencia y de nuestra ruina. No quería que se acabara.

— ¿En qué, Tommy? — pregunté otra vez —. ¿En qué crees?

No se volvió a mirarme, sino que habló escrutando el cielo.

— Creo en ti, Danny.